



APÓLOGO NOCTURNO.

HRAN las doce de la noche, y el gas de Night, mas amarillento y mortecino que de costumbre, parpadeaba en unos picos é hipaba en otros, como si se le hubiera atorado algo.

La Plaza de Armas estaba desierta y silenciosa como en tiempos de peste, y como nadie chistaba, se podía oír distintamente lo que decían las plantas del jardín del Zócalo, seres organizados que no hablan sino en medio del silencio y en circunstancias anormales.

—¿Qué tiene? dijo una voz cavernosa, como de tísico.

Era un Floripondio que no contaba ya más que con siete hojas.

—Nada, lo de siempre, contestó una Aca-
cia, que era la que se había quejado; estoy
enferma, muy enferma, más todavía que
mis hermanas las de la otra esquina.

—¡Ay, hermana! ya esto terminará pron-
to, ten paciencia.

—¡Paciencia! exclamó una Mimosa; ¿quién
había de aconsejar paciencia sino el Flori-
pondio? ya lo quisiera ver en mi lugar.

—¿Pues tú qué tienes? preguntó enton-
ces el Floripondio á la Mimosa.

—¡Una friolera! ¿tú crees que no poder
dormir, teniendo sueño, es poco tormento?

—La Mimosa no piensa más que en dor-
mir; yo la veo desde aquí todas las tardes;
apenas dan las seis en Catedral, empieza á
doblar sus hojas de dos en dos, y se echa
á dormir.

—¡Bonito sueño! ¡hasta las siete! hora
en que ese condenado electricista me espeta

al rostro, hasta las doce, un foco que pare-
ce colocado frente de mí expresamente pa-
ra desvelarme. Ustedes lo saben bien; to-
das las plantas necesitamos dormir; la som-
bra de la noche nos envuelve y nos entrega
á un sueño reparador y saludable; entonces
es cuando, invirtiendo el orden de nuestras
funciones, diurnas nos apropiamos el oxíge-
no del aire y devolvemos el gas carbónico,
que en beneficio de las gentes nos hemos
apropiado durante el día. Cuando la aurora
asoma y nos despierta la brisa matinal, nos
sentimos tan bien después del descanso, que
nos creemos felices y bendecimos al sabio
autor de la naturaleza.

Pues bien; hace dos años que no nos es
dado disfrutar de ninguno de esos goces.
¡Hace tanto tiempo que todo es tormento
para nosotras!

—¡Qué crueles son los hombres! dijo una
Bigonia.

—No, los hombres no, dijo el Floripon-
dio, los regidores; ellos son la causa de nues-
tras penas; ellos nos han traído á este pur-

gatorio de las plantas, que las gentes siguen llamando jardín.

—¡Malditos gigantes! exclamó un arbusto medio seco, que vive debajo de un fresno, y ambos bajo el follaje de un Eucaliptus.

—¿Qué te sucede? le preguntó el Floripondio.

—¡Qué me ha de suceder! que no contento este malhadado gigante con quitarme de día el sol, me mete ahora sus raíces por debajo. Hace días que estoy notando sus trabajos y sus maquinaciones; pero ahora acaba de meterme sus tentáculos por tres lados distintos, con una brusquedad y una impertinencia, que ahora sí creo que va á acabar conmigo.

—No me hables de los Eucaliptus, de nuestros verdugos. Lo que es á mí, me han dejado paralizado de todo el lado izquierdo; yo iba muy bien; me la iba pasando así, así, y el año pasado eché algunas flores; pero el día menos pensado, ¡zas! ahí están las raíces del Eucaliptus, y ya saben ustedes que donde llegan no hay más que ruína y deso-

lación; yo no he visto raíces mas avaras y que caminen mas de prisa en busca de jugos. Yo, merced á una filtración de la cañería que pasa por detrás de mí, pude prosperar, y no me faltaba agua, á pesar del jardinero.

—¡Ah! bien decía yo el año pasado. Te confieso mi culpa, dijo la Mimosa; un día le dije á la Bigonia que está ahí enfrente: ¿Has visto al Floripondio? Está echando flores. ¿Cómo se las habrá compuesto para tomar agua? porque lo que es al jardinero no le he visto la cara en quince días.

—Tenía mi guardado, contestó el Floripondio; pero ya el condenado Eucaliptus viene tras él, y me ha agotado las provisiones. Mi lado izquierdo no podrá repararse, y dentro de algunas semanas iré á acompañar á los cadáveres que han estado desenterrando en estos días.

—¿Han visto ustedes cuántos árboles muertos han pasado por aquí?

—¡Vaya! dijo la Malva; á mí me arañaron la cara con un Fresno muerto. Han

formado una pirámide inmensa frente á Palacio. Se puede decir de nosotros lo que de la ciudad: son ya más los muertos que los vivos.

—En cuanto á nosotros, sin embargo, puede decirse que ha sido un crimen traernos aquí á morir lentamente, dijo con una voz muy triste la Mimosa. Bien saben los regidores que los Eucaliptus son árboles de selva, muy buenos para desecar pantanos, pero no para jardines.

—¡Qué van á saber los regidores! exclamó un Fresno rechinando.

—Barreiro sí, insistió la Mimosa. Es muy inteligente en arboricultura, y en jardinería, y en otras cosas.

—El caso es que yo, dijo el Fresno, que por mis años, por mi posición y mi experiencia, puedo observar lo que pasa en esta piscina de árboles, aseguro que todos nosotros estamos destinados á morir lentamente, y no sobrevivirán más que esos malditos gigantes dentro de poco tiempo.

—Creo que el vecino tiene mucha razón, dijo el Floripondio.

—Ya se ve que la tengo; y hé aquí los fundamentos de mi opinión. En primer lugar nos falta el agua porque aunque dicen que el Ayuntamiento tiene una máquina para subir el agua á la azotea del Palacio Municipal, esa máquina no se usa por razones que no son del caso referir. En segundo lugar las cañerías del gas están todas rotas y la tierra en muchos lugares está impregnada del pestilente y nocivo gas del alumbrado.

—¡Es cierto! gritó una Malva que no había hablado hasta entonces. Yo tengo los piés metidos en una verdadera cloaca y he contraído dos enfermedades de muerte, tengo fiebre perniciosa y reumas articulares.

—En tercer lugar, interrumpió la Mimosa la falta de sueño: nadie puede vivir sin dormir y la luz eléctrica nos mata.

—Y por último, continuó el Fresno, estos gigantes de mis pecados, tan escamosos, tan toscos y entrometidos; ellos están á sus anchas porque tienen el poder de llevar muy lejos sus raíces buscando jugos y atro-

pellando por todo. Yo mismo siento todos los días la invasión creciente, hace un año que vivo á duras penas en mi sitio, casi agotado ya por las raíces del Eucaliptus.

—¡Mueran los Eucaliptus, gritó el Floripondio!

¡Mueran! repitieron todos los demás circunstancias, sacudiendo sus hojas como al impulso de una ráfaga de viento.

—¡Abajo los gigantes! ¡abajo los ferrocarrileros del jardín! ¡Abajo los invasores, los usureros, los ladrones de jugos!

—¡Abajo la selva! gritaron otras plantas, excepto la Mimosa, que aprovechándose de que habían apagado la luz eléctrica, iba á echar un pisto.

Las plantas después de aquel desahogo patriótico volvieron á guardar silencio.

A poco se oyó una especie de risa nerviosa, persistente y tenaz.

—¡Quién se ríe de mí! preguntó un Cisne al que le acababan de arrancar una ala.

—Soy yo, la Vénus púdica; figúrate que me han anidado dos arañas debajo del bra-

zo, que ni modo de quitármelas. Cuando se duermen, las cosas marchan, pero cuando se ponen á retozar me hacen más cosquillas que acabo por maldecir al jardinero.

—Este jardín, dijo un delfín, cuya boca está llena de lodo, es el lugar donde vienen á penar las plantas y las estatuas. ¿No has visto á Diana?

—No.

—Mírale las piernas ¡pobre! da compasión. ¿Y al Cisne que está á mi espalda?

—No puedo verlo desde aquí. Ya sabes que yo no veo más que para Palacio.

—¿Creerás que al pobre Cisne le han arrancado el pescuezo?

—¡Cómo es posible!

—Sí; está completamente guillotinado.

—¿De orden superior?

—No; fué un lépero.

—¿De levita?

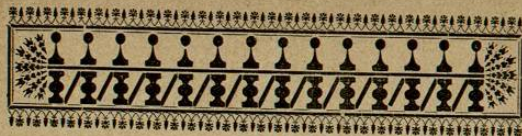
—No le ví más que las manos, porque sentado en el borde de la fuente tomó á dos manos el cuello del Cisne y se colgó hasta arrancárselo.

—¡Qué bruto!

—Si la policía supiera su obligación, cuidaría de que nadie se sentara en el borde de las fuentes; pero el gendarme es el primero que lo hace, y á los regidores no les ha ocurrido todavía que si bien es posible sentarse hasta sobre un hormiguero, el brocal de las fuentes no está hecho para que se siente nadie; y mientras el populacho se hace digno de tener paseos, se necesita mucha policía para tenerlo á raya.

Amaneció y el ruido de los vagones impidió oír la terminación del diálogo entre el delfín y la Vénus púdica, que sigue riéndose todos los días cuando despiertan las arañas.





LOS ARTESANOS.

QUESTIÓN importantísima y á la que debe dedicarse una atención muy preferente, es séta del mejoramiento moral y material del obrero en México. Se trata de una clase por demás numerosa y cuya misión en el movimiento del progreso general es decisiva; y tanto que, andando el tiempo, ella es la que ha de cambiar el aspecto de nuestra sociedad. Está colocada entre los dos extremos de las categorías sociales y representa: en lo económico una suma enorme en el capital circulante, y en las costumbres una suma enor-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle. 1625 MONTECIT, MEXICO

me del bienestar social. Por otra parte, está muy lejos de representar en la República el importante papel que el espíritu de la democracia le destina en el orden social.

Las naciones primitivas han comenzado por dividir el Estado en clases sociales, entre las que han distribuído discrecionalmente los honores, las comodidades y los provechos, y claro es que si bien este sistema introducía un orden aparente y proporcionaba un bienestar relativo, pugnó desde su planteamiento con la igualdad de derechos de los hombres, encerrando en un círculo infranqueable á las clases inferiores.

Las monarquías, siguiendo este principio fecundo en beneficios para las clases privilegiadas, engendraron el feudalismo y la esclavitud; pero desde los orígenes del pueblo romano, puede notarse la tendencia constante de esas clases inferiores, á tomar la parte que les corresponde en la cosa pública, hasta que la nueva y fecunda conquista política ha venido á dar á los pueblos mayor suma de libertades y derechos.

Ahora bien: las clases sociales en México, como obra de la conquista, toman su punto de partida: la privilegiada en los conquistadores y la ínfima en el pueblo conquistado. Lo que se llama entre nosotros clase media, no es más que una división convencional de la primera, por razón de la inferioridad de sus recursos.

El sistema colonial no podía menos que inspirarse en el principio monárquico, acentuando por lo mismo con su política y sus tendencias la completa separación de las clases, y así como en la India la clase de artesanos (*sudras*) permaneció estacionaria por varios siglos, en México la misma clase alcanzó idéntico destino durante la dominación española. Nuestra emancipación y nuestro progreso político, debieran hoy derramar mayor suma de bienes en favor de una clase social, por tanto tiempo abyecta, y redimida ya de derecho por el espíritu democrático de nuestras instituciones.

Esta debe ser la tendencia de todo buen ciudadano, si quiere de buena fé ser soste-

nedor de nuestro sistema político. Se necesita, por lo tanto, escogitar los medios mas adecuados para conseguir un fin tan trascendental y tan importante.

El primero y mas fundamental es el de la educación moral, civil y política del obrero, porque sólo sobre estas bases puede apoyarse su aspiración individual de mejoramiento. Sólo la educación filosófica y racionalmente encaminada, puede ir borrando esa barrera que parece infranqueable entre el tipo del caballero de la clase privilegiada, que representa hoy á la nobleza de otros tiempos y el tipo del artesano andrajoso, estóico é ignorante, que lleva en sí la convicción de los antiguos *sudras* de la India: quiere decir, la de la inmutabilidad de su destino.

Supongamos, aunque sea mucho suponer, que salvados los múltiples escollos que se oponen al rápido progreso de México, nos encontramos ya en el período, remoto, en que, habiendo desaparecido el cisma y la anarquía, hoy en su punto, sobre sistemas

de educación, hemos adoptado definitivamente un plan filosófico de enseñanza, en armonía con las necesidades, con el modo de ser y con la historia de nuestro pueblo. Claro es que colocados en tan admirable situación, no tardaríamos en recoger los frutos ópimos de nuestra previsión y de nuestras espléndidas teorías. Uno de estos frutos sería la sustitución del tipo actual del artesano por el del caballero artesano; pulcro, fino, limpio, bien educado, moral é independiente, miembro del club, concurrente á la ópera, atleta en el taller y galán en la tertulia; parte activa en los comicios y activo y desdeñoso con el presupuesto administrativo, despreciador de dietas y quinceñas, y orgulloso de su gremio y de su independencia individual, digno ciudadano, en fin, de una república democrática y civilizada.

Se nos objetará que ese tipo toca á lo ideal; pero ¿adónde lleva el viento del progreso á las sociedades humanas sinó á la realización del gran ideal?

Para alcanzar el que hemos bosquejado,

y que muchos tacharían de fantástico, no hay más que recorrer el estadio de nuestros artesanos, y encontraremos que el camino propuesto lo recorren ya señaladas individualidades, levantadas por su propio esfuerzo, y redimiéndose casi por completo de la fatalidad que pesa sobre sus respectivos gremios.

Lo repetimos: la base fundamental de ese progreso es la educación moral, social y política del obrero; los medios, son la inteligente dirección de las escuelas de artes y oficios y de los círculos mutualistas de su clase. En otro sentido, la asociación del capital y la protección á las industrias nacientes.

El capital que atesora la minería es sólo el resultado de la inversión de otro capital. El trabajo de la agricultura encomendado á la versatilidad de la diosa Ceres está sujeto á circunstancias climatéricas; pero el trabajo de la industria sostenido por la educación y por la ciencia, como obra del mejoramiento personal, abre ancha y liberal competencia entre todos los pueblos de la tierra.

